

NOTAS DE LA PRIMERA PARTE

1.—Es de una importancia decisiva, principalmente, la obra de Cohen, *Kant's Theorie der Erfahrung*, porque en ella por primera vez se empleó toda la fuerza de un trabajo profundo para dominar completamente la terminología de Kant y penetrar así, por medio de definiciones más exactas, en el espíritu del filósofo de Königsberg, procedimiento cuya necesidad acaba de demostrarse con evidencia en la extraña polémica que han sostenido Trendelenburg y Kuno Fischer; la solidez científica de que Cohen ha dado pruebas en este escrito no ha sido infructuosa, como quizá lo mostrará también nuestra presente exposición de la filosofía de Kant en sus relaciones con el materialismo.

2.—Cierto que Kant ha dejado entrever que se gloria de haber tomado en el desarrollo completo de la crítica el papel que Newton había desempeñado, probando con su teoría la verdad de lo que Copérnico, según Newton, no había emitido más que como «hipótesis»; pero para tener una idea de la esencia de la reforma de Kant, lo más importante es la comparación con Copérnico enunciada en el prefacio.

3.—La polémica de los filósofos ingleses sobre la aprioridad en las matemáticas, comenzó con el ataque que Whewell dirigió contra la opinión representada por Dugald Stewart, según la cual los elementos de la geometría descansan en hipótesis.

4.—Mill comete la gran injusticia de no reproducir fielmente ni los propios términos ni el encadenamiento de las ideas de Whewell en ningún pasaje de su polémica tan prolija; substituye sin cesar conceptos que presentan la cuestión en litigio desde su punto de vista personal.

5.—Véase Cohen, quien á la enunciación de Mill de que, el axioma dos líneas rectas no pueden circunscribir un espacio «es una inducción que se apoya en una demostración, sensible», añade estas palabras: «esto es absolutamente kantiano».

6.—Cohen observa: «Pero si se quiere preguntar de dónde sabemos y podemos saber que las líneas reales se parecen perfectamente a las líneas imaginarias, Mill responde: No hay en realidad ninguna certidumbre para las matemáticas; pero así contradice sus demostraciones sobre la evidencia de dicha ciencia.»

7.—Leibnitz se ocupó ya de la reducción de los átomos á ciertos conceptos generales del espacio; los ensayos de Ueberweg, Delboeuf y otros, prueban que se pueden explicar las propiedades generales del espacio, más racionalmente que lo hizo Euclides; pero que no se puede en modo alguno reducirlas á conceptos inteligibles sin intuición.

8.—Dice Ueberweg:

«La fuerza demostrativa no reside en las líneas auxiliares, sino en las aplicaciones, que hacen posibles, de los teoremas precedentemente demostrados, y, en última instancia, de los axiomas y definiciones en el teorema por demostrar; esta aplicación toma esencialmente la forma silogística; las líneas auxiliares son guías y no caminos del conocimiento; andamos y no piedras de sillería.» Naturalmente, se trata de saber si esos «guías» y «andamos» son ó no necesarios para el desarrollo de la ciencia, ó si hace ó no falta la intuición (que no se puede confundir aquí con la «experiencia») para antever ó no la posibilidad.

9.—Kant no merece el epíteto de superficial que implícitamente encierra la exposición de su doctrina por Zimmermann, como lo prueba suficientemente una sola observación olvidada por este último y en la que Kant se defiende de confundir la reunión del 7 y el 5 con la adición de ambos números; en efecto, la idea de adición implica ya la yuxtaposición de las unidades del 5 á la serie de las unidades del 7; de suerte que, á partir del 8, se avanza en la serie de los números cinco veces, una vez por cada unidad; es la manobra que los niños aprenden penosamente en las escuelas cuando concluyen con la enumeración. Por la «reunión de 7 + 5» Kant entiende, pues, la reunión que se efectúa por la vuelta á la suma de las unidades y á un nuevo cómputo de dichas unidades; no se encuentra, pues, nada de más en la idea de la reunión ni en el sentido primitivo del signo +; pero en vista de que empleamos al mismo tiempo como signo de la operación dicha adición, Kant se ve precisado á prevenir expresamente el error en el cual ha caído Zimmermann. Cuando decimos que la proposición de Kant está ya

justificada por el simple hecho de que «no se tiene la costumbre de proceder así», damos sin duda también á entender que la diferencia entre los juicios analíticos y los juicios sintéticos es relativa, y que, por lo tanto, un solo y mismo juicio puede ser analítico ó sintético según la organización y el conjunto de las ideas del sujeto que juzga; no se puede, sin embargo, por ninguna elaboración científica de la idea de número suprimir el elemento sintético de la aritmética; no se puede más que cambiar ó reducirle más ó menos. Pero Kant está en un error cuando cree que la aritmética encierra un número infinito de semejantes proposiciones sintéticas (que se llaman por esta razón, no axiomas, sino fórmulas numéricas); el número de estas proposiciones depende, por el contrario, del sistema numérico. Es verdad que Kant ha pretendido que la naturaleza sintética de números considerables se manifiesta con una evidencia particular, visto que pudiéramos aquí volver una y mil veces las ideas á voluntad, en tanto que si no recurrimos á la intuición no encontraremos nunca el total, contentándonos con analizar las ideas; á esta aserción Hankel opone otra absolutamente contraria; se puede establecer muy bien por medio de los dedos que $2 \times 2 = 4$; pero se intentará inútilmente demostrar del mismo modo que $1.000 \times 1.000 = 1.000.000$; esta última aserción es indudablemente exacta, mientras que la parte negativa de la aserción de Kant apenas permite comprender con precisión lo que se entiende por número. En realidad, las operaciones hechas sobre números considerables no se derivan directamente ni de la idea ni de la intuición, sino que se efectúan, por lo general, según el sistema de la división, en operaciones parciales que sirven de base á los sistemas numéricos, y que han encontrado en el sistema de las cifras árabes su expresión escrita más adecuada; en la vida cotidiana nos contentamos con la intuición de esos signos, y esto en la serie de las operaciones parciales; Mill ha probado muy bien que la intuición de los signos puede reemplazar á la de las cosas; de ordinario procedemos de un modo puramente mecánico en la serie de esas operaciones parciales; pero las reglas de este mecanismo se reducen científicamente por medio de la proposición apriórica (llamada por Mill «inductiva»), en virtud de la cual, lo homogéneo añadido á lo homogéneo da lo homogéneo; por medio de la misma proposición, la ciencia puede reducir los elementos sintéticos de la aritmética á un minimum, pero jamás eliminarlos completamente; y aquí, como en

geometría, no sólo al principio, sino también en el desarrollo de la ciencia, de tiempo en tiempo (cuando se pasa á una nueva clase de operaciones), hay una necesidad indispensable de proposiciones sintéticas obtenidas por medio de la intuición. Añadamos que también Sigwart en su *Lógica*, que no he podido utilizar para mi texto, hace resaltar la *relatividad* de la diferencia entre los juicios analítico y sintético de Kant; se puede confesar que toda la distinción es, desde el punto de vista de la lógica, de un valor muy dudoso, sin perjudicar por eso el papel que esta distinción desempeña en la *Crítica de la razón pura*; pero cuando Sigwart afirma que todos los juicios distintos de la percepción, tales como «esta rosa es amarilla», «este líquido es agrio», son analíticos, la definición de la palabra analítico, que sirve de base á esta concepción, es de un valor todavía más dudoso que la de Kant; el juicio «este líquido es agrio», no puede separarse de la síntesis de las representaciones, que Sigwart hace preceder como acto particular, si no se quiere hacer perder á este juicio toda significación precisa; el juicio «esta rosa es amarilla», es lógicamente casi tan variable que es preciso tener en cuenta las circunstancias en que se pronuncia; el juicio «el acusado es culpable», en labios de un testigo, tampoco puede ser considerado como analítico, recibiendo del tribunal el que habla la idea de acusado, y no expresando su pensamiento para analizar esta idea en su espíritu, sino para producir en los jueces ó en los jurados la síntesis de las representaciones de «sujeto y atributo»; se tratará en vano de clasificar de otro modo que entre los conceptos puramente relativos la diversidad infinita de las variaciones del contenido psicológico de una sola y misma expresión; la cuestión es insignificante en lo que concierne á la apreciación de la clasificación hecha por Kant y las consecuencias que de ella se deducen, visto que Kant coloca sin duda la génesis del juicio experimental en el momento de la percepción, aunque el juicio no se exprese más que un instante después; es absolutamente lo mismo en el juicio $7 + 5 = 12$ que, según Kant, nace en el momento en que comienza la adición de las unidades hasta terminar en 12, y en que, por consecuencia, se realiza la síntesis de las representaciones (igualmente reconocido como necesario por Sigwart); por su parte, este último hace preceder este acto psíquico de la síntesis de las representaciones, y seguir, en un acto particular, un juicio después analítico, descomponiendo una vez más to-

avía en sujeto y atributo la síntesis ya hecha de las representaciones; hasta adoptándose la definición de Sigwart subsiste la esencia de la aserción de Kant, sólo que en este momento no es ya un juicio, sino el acto psíquico de la síntesis en la percepción, acto que hace el juicio posible.

10.—Se ha dicho que los hombres contaban por los dedos antes de tener términos con que expresar los números; de este modo una tribu india de las orillas del Orinoco expresa cinco por «una mano entera», seis «tomando un dedo de la otra mano» y diez «por dos manos»; después vienen los dedos de los pies, de suerte que «un pie entero» significa quince, «un dedo del otro pie» diez y seis, «un indio» veinte, «un dedo de la mano de otro indio» veintiuno, etcétera, etc.; y así en otras tribus y pueblos salvajes.

11.—Falta mencionar aquí todavía la tendencia de los matemáticos que pretenden librarse por completo de las «trabas de la intuición» é instituir unas matemáticas puramente intelectuales sin intuición alguna; mientras esas tendencias no salgan del círculo de los matemáticos de profesión, y éstos renuncien en principio á discutir las cuestiones filosóficas, apenas se podrá saber hasta qué punto se tiene delante, ya una oposición consciente al sistema de Kant ó sencillamente otra manera de expresarse. Desde cierto punto de vista, la geometría analítica ordinaria se liberta ya de la intuición, es decir, que reemplaza la intuición geométrica á la intuición mucho más simple de relaciones, de dimensiones aritméticas y algebraicas; en estos últimos tiempos se ha ido más lejos, y los límites entre las hipótesis simplemente técnico-matemáticas y las afirmaciones filosóficas, parecían traspasados de muchas maneras sin que se haya llegado hasta aquí á una dilucidación completa del punto en cuestión. Así es como principalmente Hankel ha reivindicado claramente y en muchas ocasiones, para su «teoría general de las formas», la propiedad de representar una matemática puramente intelectual libre de toda intuición, «donde no están ligadas entre sí las cantidades ó sus imágenes, los números, sino objetos intelectuales, cosas que no existen más que en el pensamiento y á las cuales pueden, pero no deben, corresponder objetos reales ó sus relaciones». Las relaciones generales y formales, que son objeto de estas matemáticas se las llama también «trascendentales» ó «potenciales» en tanto que implican la posibilidad de relaciones reales; Hankel protesta expresamente contra la opinión

de aquellos que no ven en estas matemáticas puramente formales más que una generalización de la aritmética ordinaria; esta es, dice, «una ciencia completamente nueva», cuyas reglas «no tienen demostraciones, sino solamente ejemplos» dentro de esta misma aritmética; no obstante, esos «ejemplos» son una demostración intuitiva de la base sintética de esta nueva ciencia que puede practicar después en sus objetos intelectuales el método deductivo, absolutamente como hace el álgebra con los signos numéricos generales y la aritmética con los números reales; en realidad, basta examinar atentamente en Hankel como en Gassmann, el verdadero inventor de esta teoría general de las formas, cualquiera de las ideas generales, por medio de las cuales operan, para que el factor de la intuición se haga visible y palpable; ¿cómo podremos saber, por ejemplo, que palabras tales como «enlace», «substitución», etc., significan algo si no recurrimos a la intuición de objetos enlazados ó substituidos, aun cuando sólo sea por las letras *a b* y *b a*? Es posible que las «matemáticas puramente formales» también, hayan nacido del principio de generalización como la mayor parte de los importantes progresos que han hecho las matemáticas en las ciencias modernas; su importancia no disminuye por eso y creemos que tal vez, en virtud del mismo principio y por el mismo camino, las matemáticas proyectan igualmente una nueva luz sobre la lógica.

12.—En la primera edición se decía aquí nuestra «facultad de pensar», expresión que empleábamos en el sentido vago con que Kant habla frecuentemente de las facultades del alma, á saber, sin relación ó concepción psicológica precisa de esas facultades, entendiéndose sólo la simple posibilidad de la función mencionada; hemos querido evitar el recuerdo de la manera con que los escolásticos interpretan la psicología; por lo demás, haremos notar aquí que la conocida polémica de Herbart contra la teoría de las facultades del alma sólo se dirige contra una alteración, popular y muy extendida, de esta misma teoría. La representación verdaderamente clásica de la escolástica no fué jamás otra que ésta: en todos los actos psíquicos es una sola y misma alma la que obra, y la «facultad» no es un órgano particular sino sólo la posibilidad, en el sentido objetivo, de esta actividad determinada; la cuestión se presenta lo mismo en Wolff, por poco que nos atengamos á sus definiciones y no á sus paráfrasis, fundadas muy á menudo en la concepción popular de las facultades, según la analogía de los órganos

corporales; Kant iba aún más lejos en la abstracción del elemento psicológico, en vista de que no podía tampoco suponer un alma unitaria; para él, pues, la facultad del alma no es más que la posibilidad de la función de un sujeto desconocido, y evidentemente no sustenta la teoría de las facultades más que por que creyó encontrar ahí un sumario y una clasificación útiles de los fenómenos.

13.—Cohen vitupera la tesis de Meyer: «Kant sólo ha enunciado claramente que no adquirimos por la experiencia las formas aprióricas, sino que llegamos á la conciencia de esta posesión por medio de la reflexión acerca de la experiencia»; cierto que en esta forma la censura dirigida á Kant parece injusta; en cambio, es preciso afirmar que Kant no lo ha meditado bastante, pues no ha visto que la *reflexión acerca de la experiencia* es también un procedimiento inductivo y no puede ser otra cosa. Seguramente la generalidad y la necesidad de las proposiciones matemáticas no provienen de la experiencia (respecto á objetos matemáticos) sino que son descubiertas por la reflexión; ahora bien, esta reflexión no puede efectuarse sin experiencia, no sobre los objetos de las matemáticas, sino sobre las matemáticas consideradas como objetos; de ahí se sigue que es insostenible pretender la certidumbre del descubrimiento completo de todo elemento *a priori*, y Kant sostiene esta pretensión apoyándose, no en una deducción apriórica de *a priori*, sino en una clasificación, que tiene por inatacable, de los datos de la lógica y de la psicología.

14.—La mayor parte de las obscuridades de la *Crítica de la razón pura* dimanan de este hecho único, de que Kant persigue, sin suposición alguna psicológica especial, una investigación psicológica en el fondo; la terminología, que parece á menudo la de un principiante inútilmente laborioso, proviene siempre de que Kant emprende su investigación sobre las condiciones necesarias á toda experiencia de un modo completamente general que se adapta lo mismo á todas las hipótesis sobre la esencia trascendente del alma, ó, por mejor decir, trata de las funciones del hombre inteligente (no del alma), sin suponer nada acerca de la esencia del alma y aun sin admitir en general un alma como esencia particular distinta del cuerpo.

15.—En el prefacio de su primera edición, dice Kant: «Ahora, en lo que concierne á la certidumbre, yo mismo he pronunciado

mi sentencia; en esta especie de consideraciones no es permitido en modo alguno pensar, y todo lo que se parece á una hipótesis, por poco que sea, es mercancía prohibida que no debe venderse ni aun á bajo precio, sino confiscarla tan luego como se la descubre; esto se ha de entender para todo conocimiento que se mantenga *a priori*; ha de tenerse por absolutamente necesario y además por una determinación de todos los conocimientos puros *a priori*, debiendo ser el criterio, y, por consecuencia, el modelo mismo de toda certidumbre apodictica (filosófica); este papel pudiera explicarse enteramente en provecho de la concepción (por otra parte del todo inadmisibile) de Kuno Fischer, si no resultase del mismo prefacio que Kant, hablando de este modo, habia sencillamente visto la deducción general de las categorías como suposición de toda experiencia, y que además estaba bajo el influjo del prejuicio según el cual «la lógica vulgar» prueba ya que todos los actos simples pueden ser enumerados completa y sistemáticamente, de modo que lo que se cree que es aquí la certidumbre, en el cuadro completo de las categorías no es la certidumbre que resulta *a priori* de una deducción de principios, sino la certidumbre abrazando de una ojeada todos los detalles que se pretenden dados. Además, en un párrafo de los *Prolegómenos*, donde Kant rechaza enérgicamente la «fantasmagoría de la verosimilitud y de la conjetura», añade: «Todo lo que debe ser reconocido *a priori* es por esto mismo dado como apodicticamente cierto, y debe, por consecuencia, ser igualmente demostrado»; este párrafo no afirma aún que hasta la existencia de semejante conocimiento deba ser deducida *a priori* de un principio; es más bien el contenido de estos conocimientos lo que es cierto *a priori*; pero, según Kant, su existencia se deduce de un hecho percibido interiormente por medio de conclusiones seguras, en virtud de la ley de contradicción. Por lo demás, debemos hacer observar aquí expresamente que esta explicación sólo está apuntada en el método de Kant, y nada tenemos que nos pruebe que éste haya tenido una idea perfectamente clara de los principios metódicos de su gran especulación.

16.—El término «organización físico-psíquica», no está quizá felizmente escogido; pero tiende á expresar el pensamiento de que la organización física, como fenómeno, es al mismo tiempo organización psíquica; esto es ir más allá que Kant; pero semejante transformación encierra un concepto más fácil de comprender, uni-

do á la intuición, que la representación kantiana de suposiciones trascendentes tomadas de la experiencia.

17.—Es todavía un problema, que el porvenir ha de resolver, probar que *no existe del todo* «pensamiento puro» á la manera que lo entienden los metafísicos, y en este punto Kant no es una excepción; éste deja el elemento sensorial puramente pasivo; y por eso el entendimiento activo, para no producir más que una simple imagen de espacio, de objetos sensibles, se ve precisado á crear la unidad de la multiplicidad; pero en este acto, absolutamente necesario y subjetivo de la síntesis, no hay nada de lo que ordinariamente llamamos «entendimiento»; sólo después que se ha introducido artificialmente en la cuestión la hipótesis de que toda espontaneidad pertenece al pensamiento y toda receptividad á los sentidos, la síntesis, yendo de las impresiones á las cosas, se pone en relación con el entendimiento.

18.—Es cierto que recientes investigaciones parecen establecer lo contrario; pero el hecho necesita confirmarse; en efecto, resulta de los experimentos de Dewar y Hendrick, sobre la modificación de la fuerza electromotora del nervio visual por la acción de la luz en la retina, que la modificación no es proporcional á la cantidad de luz, sino al logaritmo del cociente; de donde se deduce que la ley psicológica de Fechner no proviene de la conciencia, sino de la estructura anatómica y de las propiedades fisiológicas del organismo.

19.—Cuando Kant, en vez de la expresión más exacta, nuestra representación del espacio «no significa nada», dice á veces con más brevedad, «el espacio no es nada», debe entenderse siempre en el mismo sentido: «nuestro espacio», porque no conocemos otro; en cuanto á los demás seres, podemos conjeturar que tienen también representaciones del espacio; pero no podemos siquiera entrever la posibilidad de la extensibilidad como propiedad de las cosas en sí; la negación llega hasta ahí, pero no más lejos; cualquiera que, en el camino de una conjetura completamente fuera del sistema, admita que á las cosas en sí pertenecen las tres dimensiones de la extensión, se expondría á ser calificado de soñador por parte de Kant; en este sentido no puede ser cuestión una imposibilidad demostrada del espacio objetivo; sólo se puede afirmar que toda transmisión de las propiedades del espacio, que nos son conocidas, á ese espacio imaginario (por ejemplo, la infinidad), es injusta.

tificable, y que el concepto imaginario se hace de ese modo un concepto vacío.

20.—«No es necesario que limitemos á los elementos sensoriales del hombre el modo de intuición del tiempo y el espacio; es posible que todos los seres finitos y pensantes estén de acuerdo en este punto con el hombre (aunque nada podamos decidir en concreto); á pesar de esta generalización, los elementos sensoriales no dejan de existir», etc., Hartenstein.

21.—Esto resulta del encadenamiento de las ideas, tratándose aquí del «dominio de la experiencia» en el sentido de que sólo se verifica una disyunción completa entre lo trascendental y lo empírico, entre el terreno de los «fenómenos» y el de los «noumenos».

22.—«Epicuro pretende que los átomos, para poder reunirse, se separan, sin causa alguna, de su movimiento rectilíneo.» Hartenstein.

23.—Es otra cuestión la de saber si la ley de causalidad no debe, por último, reducirse á una forma de tal modo depurada, que los conceptos secundarios antropomórficos que unimos á la representación de la causa como á la de la necesidad, posibilidad, etcétera desaparecen completamente, ó, por lo menos, se reducen á un *mínimum* inofensivo; en este sentido, ni aun la categoría de la causalidad puede ser inviolable; y si Comte elimina completamente el concepto de causa y la reemplaza por la serie constante de los acontecimientos, no es posible atacar su método apoyándose en la apropiación del concepto de causa.

24.—Mi cambio de opinión en este punto estaba ya preparado por estudios personales cuando apareció la importante obra de Cohen sobre la *Teoría de la experiencia* de Kant; esta publicación me determinó á hacer una nueva revisión de sus ideas acerca de la *Crítica de la razón*, cuyo resultado fué que en muchos puntos estuve de acuerdo con la opinión de Cohen, en cuanto se refería á la exposición objetiva de las ideas de Kant; pero con la restricción de que no me parecía Kant tan exento de contradicciones y yacilaciones como Cohen lo presenta.

25.—Los tan conocidos versos: «En el interior de la naturaleza no penetra espíritu alguno creado; ¡dichoso aquél á quien ella muestre solamente su corteza exterior!» Estos versos, que Goethe «censuraba indirectamente» hace sesenta años, deben ser compren-

didos en el sentido de la filosofía de Leibnitz, según la cual toda intuición sensorial, y, por lo tanto, también toda imagen nuestra de la naturaleza, sólo es la representación confusa de un pensamiento divino y puro (ó de una intuición intelectual, no sensorial). Según Kant, el interior de la naturaleza, en el sentido de la base trascendente de los fenómenos, está vedado para nosotros; pero no tenemos interés alguno ni nos preocupamos por ello, aunque el interior de la naturaleza, en el sentido de las ciencias físicas y naturales, sea accesible á un progreso ilimitado del conocimiento.

26.—Relativamente á Cohen haremos observar aún que no basta defender á Kant, diciendo que su sistema existirá siempre aunque caigan diferentes categorías ó deban ser deducidas de otro modo. Es perfectamente exacto que el sistema descansa en la deducción trascendental de las categorías y no en la metafísica; es decir, que la verdadera demostración de Kant consiste en que esos conceptos sean demostrados como condiciones de la posibilidad de conocimientos sintéticos *a priori*; se pudiera, pues, pensar que es indiferente que tal ó cual concepto-matriz sea eliminado por un análisis más exacto, siempre que se conserve el *factor constante* que sirve de base á la síntesis *a priori*; pero aquí es de notar que este análisis conducirá verosimilmente al mismo tiempo á una reducción (y aun tal vez á un complemento) del cuadro de las categorías, y de ese modo se destruirá fácilmente una muy importante pretensión de Kant por el perfeccionamiento del sistema (pretensión relativa á la exactitud absoluta de su cuadro); si se acentúa demasiado el punto de vista trascendental, se llegará, como hemos dicho, á la tautología; es decir, que la experiencia ha de ser explicada por las condiciones generales de toda experiencia posible; si la deducción trascendental ha de dar, en vez de esta tautología, un *resultado sintético*, es preciso necesariamente que las categorías sean algo, además de constituir condiciones de la experiencia; esto es lo que hay que buscar en Kant, quien las llama «conceptos-matrices de la razón pura», en tanto que nosotros las reemplazamos aquí por la «organización».

27.—Hace falta observar expresamente que esto se aplica, no sólo á las construcciones, en gran parte desprovistas de consistencia, de la *Crítica de la razón práctica*, sino que ya aparece muy visible el inconveniente en la *Representación sistemática de todos los principios*, sin hablar de los *Principios de metafísica*; de tal suerte

que, si se apoyasen en esta base las doce categorías, una crítica sería no se pronunciaría ciertamente en favor de «la deducción de un principio único».

28.—Es interesante ver cómo Kant evita la expresión «disposiciones naturales del espíritu» y más aún «del alma», precisamente para que surja la opinión de que esas disposiciones son algo indiferentes en sí de la organización física; en cambio habla sin rebozo de la naturaleza ó inclinaciones de la «razón», palabras por las que es preciso entender sencillamente una función del hombre, sin conclusión alguna sobre las relaciones de alma y cuerpo.

29.—La psicología, en el único sentido en que podía merecer en lo porvenir el nombre de ciencia, debe partir, no del concepto del alma, sino de las funciones psíquicas, y apoyarse en la fisiología, como demostraremos más adelante; á pesar de esto, no es del todo necesario decidir en sentido materialista las relaciones de «alma y cuerpo», tal como lo entendía la antigua metafísica; estas relaciones están sencillamente fuera de todo examen, como algo á que no conduce la investigación real en los límites generales de la experiencia posible.

30.—La presente exposición de la teoría kantiana de la libertad es más completa que la de la primera edición de este libro, y, aunque no ha de ser muy popular, esperamos que será comprendida por cuantos se interesan por la historia científica del materialismo; un punto principal de la cuestión es que el tinte místico que adquire la teoría de la libertad, al pasar al dominio práctico, no excluye la estricta dominación de las leyes de la naturaleza en la psicología empírica, y que, por lo tanto, también en ese dominio la «libertad trascendental» de Kant difiere mucho de la teoría de la libertad de muchos «kantianos».

31.—Si en ocasiones la influencia de Hegel sobre la manera de escribir la historia se califica de perniciosa, consiste en su tendencia á desfigurar los hechos para adaptarlos á una construcción filosófica determinada, como ya hemos dado más de un ejemplo en el volumen primero de esta obra; es verdad que el método histórico éra en Alemania muy defectuoso antes de Hegel; por eso Zeller dice, y no sin razón: «Si nuestra manera actual de escribir la historia no se satisface ya con una sabia investigación y una crítica severa de las tradiciones, orden y explicación pragmática de los hechos, sino que se preocupa ante todo de comprender el completo

encadenamiento de los sucesos y concebir extensamente el desarrollo histórico y las fuerzas intelectuales que las dirigen, este progreso es debido en gran parte á la influencia de la filosofía de la historia de Hegel, hasta en aquello que nunca ha pertenecido á la escuela de este filósofo». Es cambiar un poco el verdadero punto de vista oponer á la concepción idealista de la manera de escribir la historia (comenzando por Kant y Schiller), la de hoy, como siendo eminentemente realista; cuando Alejandro de Humboldt compara la tendencia idealista á la hipótesis de las «fuerzas vitales» en fisiología, se pudiera tal vez con más justicia caracterizar la relación de la idea con el hecho por el influjo de la teoría de Darwin sobre las investigaciones de la ciencia de la naturaleza.

32.—Se ha discutido mucho para saber si la filosofía panteísta de la *Carta sobre las causas primeras*, de Cabanis, y particularmente el «vitalismo» que se encuentra formalmente expresado en ella (es decir, la hipótesis de una fuerza vital substancial al lado y por encima de las fuerzas orgánicas de la naturaleza), concuerdan ó no con la tendencia materialista de la obra principal del mismo autor, *Relación de lo físico y lo moral*; el editor Leisse ha demostrado en su prólogo sobre la vida y las doctrinas de Cabanis, así como en muchas notas, que no hay que buscar en las obras de este pensador una deducción filosófica completamente rigurosa, que sus escritos podían contener incertidumbres y aun contradicciones; pero que no cabe admitir un cambio de opiniones ni una retractación consciente entre la obra principal y la carta metafísica.

33.—Este párrafo no se refiere, como es natural, á la última evolución de Strauss.

34.—En la circular del ministerio de cultos, instrucción pública y asuntos médicos se dice: «La comisión real de examen científico tiene al propio tiempo á su cargo preocuparse seriamente de la solidez y del valor intrínseco de la filosofía y del modo que se enseña, á fin de que las teorías frívolas y superficiales que en estos últimos tiempos han constituido muy á menudo los estudios filosóficos, cedan su puesto á un estudio profundo de la filosofía, y que los verdaderos estudios filosóficos vuelvan á tomar el rango y la dirección tan honrosa como útil, y la juventud de las universidades, en vez de ser perturbada y extraviada por esa falsa filosofía, sea dirigida por una enseñanza sólida, según el espíritu eminentemente filosófico, en el empleo lúcido, exacto y profundo

de sus facultades intelectuales.» Esta «falsa filosofía» es sin duda la de Beneke; en cuanto á la circular, vistas las influencias reinantes, tenía por objeto necesariamente crear un monopolio á favor de la filosofía hegeliana.

35.—El concepto y la tendencia del positivismo están brevemente explicados en el *Discurso sobre el método positivo* de Augusto Comte; la obra principal de este filósofo es su *Curso de filosofía positiva*. En Alemania se ha fijado la atención hace muy poco tiempo acerca de la importancia de Comte; Ueberweg da de él una noticia escrita por Paul Janet, falta de imparcialidad en el sentido de que hace de la teoría de los tres períodos (teológico, metafísico y positivo) la parte negativa del sistema, y sólo quedan dos ideas para la parte positiva: «una cierta hipótesis histórica» y «una cierta clasificación de las ciencias»; en realidad el mérito de Comte consiste esencialmente en la dilucidación y demostración lógica del concepto «positivo» que es propio de esta filosofía.

36.—Estos párrafos, de una esencial importancia, han sido omitidos por Schaller entre otros; es asombroso que este escritor haya identificado la moral de Feuerbach con la de Stirner, y concluya declarando que el egoísmo y la sofística, «la desmoralización sistemática del espíritu», son las inevitables consecuencias de los principios de Feuerbach. Más comparable es el «tuismo» de este último con el «altruismo» de Comte, aunque el primero toma por punto de partida el individuo y el segundo la sociedad, si bien la regla de Comte, «vivir para otro», no nace espontáneamente de la pasión de nuestro interior, sino del pensamiento del deber.

37.—Se abusa de la palabra «hipótesis» en las «consideraciones finales» de *Fuerza y materia*, donde hasta á los dogmas religiosos se les llama «hipótesis».

38.—Se debe considerar como relativista (y aun como idealista acaso) la proposición de Moleschott, de que en general las cosas no existen más que las unas con relación á las otras.

39.—Los párrafos en cuestión se encuentran sobre todo en *Naturaleza y espíritu*; dicha publicación ha sido una tentativa completamente infructuosa de este escritor, en general tan hábil para propagar entre el público su filosofía bajo la forma de una discusión tranquila y tan imparcial como es posible. «Nuestro conocimiento no penetra hasta el seno de la naturaleza, y la esencia profunda é íntima de la materia será verosímilmente siempre un pro-

blema insoluble para nosotros.» «Prefiero confesarte nuestra ignorancia en todo lo que se refiere el tiempo y la eternidad, al espacio y al infinito.» Caracteriza sobre todo el sistema de Büchner un párrafo relativo á la infinidad del espacio y el tiempo; el interlocutor Augusto, encargado de sostener las ideas personales de Büchner, dice que los límites que parecen poner á nuestros conceptos el espacio, el tiempo y la causalidad, «están á tal distancia que apenas si mi concepción filosófica del mundo y la materia pueden encontrar obstáculo alguno». Muy notable es también el siguiente párrafo de la primera edición de *Fuerza y materia*, que se suprimió en las restantes: «Detrás de lo que es inaccesible á nuestro conocimiento sensorial, pueden ciertamente existir todas las cosas imaginables, pero la hipótesis no las hace entrever más que caprichosa, ideal, metafísicamente; quien rechace el empirismo rechaza en general toda explicación humana y no comprende que el saber y el pensamiento del hombre, sin objetos reales, son un contrasentido.» Esto, sobre poco más ó menos, dice también Kant, aunque en otros términos.

40.—Esto se aplica también á Büchner, quien en la nota 82 de su libro *El lugar del hombre en la naturaleza*, para darnos las gracias por los elogios que hicimos de sus disposiciones poéticas, ha consagrado un ditirambo á la *cosa en sí*, haciéndole preceder de una prolija polémica, si bien no muy clara; sólo recordaremos aquí que Büchner ha menospreciado por completo la proposición de Kant de que «nuestros conceptos no se adaptan á los objetos, sino que los objetos se adaptan á nuestros conceptos». Büchner trata ante todo de reducir la diferencia entre la cosa en sí y el fenómeno á la antigua diferencia de las cualidades primarias y las cualidades secundarias, pero no se atreve á deducir la única consecuencia exacta del materialismo, á saber, que los átomos en movimiento son la «cosa en sí». La importancia de la fisiología de los órganos de los sentidos en esta cuestión la trata de un modo superficial, no ocupándose en manera alguna de su aspecto científico. No necesitamos que Büchner diga que la «cosa en sí» de Kant es una «cosa nueva inteligible», «irrepresentable», «incognoscible», etc., pero «inimaginable», esto ya es otra cosa, aunque Büchner, sin interrupción, asocie este epíteto á los precedentes; ahora bien, declara la cosa en sí inimaginable «porque todas las cosas no existen más que las unas con relación á las otras y no significan nada sin relaciones

recíprocas; pero cuando esas «relaciones» de una cosa con el hombre son las *propiedades*, percibidas por nosotros, de dicha cosa (¿y qué serían ellas sin eso?), esta proposición, ¿no equivale á afirmar la «cosa en sí»? Es posible que la cosa que no tiene relación alguna no signifique nada, como admite Büchner, de acuerdo con el idealismo dogmático.

41.—Czolbe se expresa acerca de los fenómenos del nervio óptico de tal suerte que se aproxima á la fisiología racional, y sostiene, no obstante, con el más sorprendente desdén hacia las consecuencias más irrecusables de la mecánica, la inmutabilidad del orden del universo y la duración eterna de nuestro sistema solar.

42.—Fácil es entrever las objeciones que pudieran hacerse al procedimiento seguido por Czolbe; las buenas y grandes hipótesis no encierran generalmente más que una sola suposición que puede confirmarse por casos muy numerosos; aquí, por el contrario, tenemos una larga serie de hipótesis que apenas confirma la experiencia; no están aisladas ni sirven para explicar casos especiales, como ocurre frecuentemente en el estudio de la naturaleza, sino que cada una de ellas es un apoyo necesario de otra como de todo el sistema; si una sola es falsa, todo el sistema lo es.



NOTAS DE LA SEGUNDA PARTE

1.—Si las ciencias naturales se han descuidado en Alemania se debe á la tendencia conservadora que oprime y desnaturaliza á la filosofía; en primer lugar, ha faltado el dinero y pasara desgraciadamente mucho tiempo antes de que, en tal concepto, alcancemos el nivel de Francia é Inglaterra; Mohl ha visto en el gabinete de física de una universidad alemana una máquina espantosa que quería representar una máquina neumática; la comisión académica encargada de conceder y regularizar los pedidos del profesor de física, por no confiar el trabajo á un mecánico extranjero, había hecho construir la máquina neumática á un fabricante de bombas de incendios.

2.—Büchner, en la segunda edición de *Fuerza y materia*, ha redactado una «crítica de sí mismo», en la cual se felicita de haber ayudado á la filosofía á recobrar sus derechos en el terreno de las ciencias naturales; confiesa que han contribuido también otras circunstancias, pero «*Fuerza y materia* comenzó por allanar el camino é inauguró la lucha de suerte que obtuvo las simpatías generales, así en el mundo sabio como en el indocto; en este sentido se puede y debe decir que *Fuerza y materia* «ha formado época»; este libro habrá de ser mencionado y discutido como tal, y lo será en la historia de las ciencias mientras exista semejante historia». Büchner pudiera más bien pretender que su nombre sea citado de un modo durable en la historia general de la cultura, porque en momento oportuno ha dicho lo que muchos pensaban y lo que más de uno ciertamente hubiera podido dilucidar mejor que él, tanto desde el punto de vista de las ciencias naturales, como en el de la filosofía; ¿habría si no tenido tanto éxito? Esta es otra cuestión; porque justamente la falta de precisión científica y la persistencia en no ver más que la superficie de los fenómenos, han determinado el éxito de Büchner. Cuando atribuye á su «teoría» una importancia científica, se hace ciertamente ilusiones, porque nada ha innovado, ni en con-